

# Yo, yo misma y mi musa<sup>1</sup>

(maría castrejón)



«Yo no “quería” escribir.  
¿Cómo habría de “quererlo”?»

Hélène Cixous

Supongo que hay infinitas maneras de que la gente te observe, supongo que tantas como de exponerte. Sin embargo, la mayoría de las veces se ha jugado al mismo juego de representación: yo te miro y yo te recreo a través de mi retórica. Parece ser que incluso llegó a ser divertido para muchas personas, que hasta consiguieron dinero, fama y, obviamente, sexo; valores de importancia vital

también para algunxs poetas. El juego al que me refiero es: yo, masculino singular, te miro a ti, femenina musa que imagino particular, y ambxs somos felices, por lo menos ellos porque no sé qué piensan las musas cuando mueren lentamente por no quejarse del frío en el agua de las bañeras congeladas una vez que se apagan las velas, o las niñas que se desnudan en la playa y posan de espaldas. Pero yo, femenina plural, nunca quise ser una musa, por lo menos la musa de nadie, quizá es por eso por lo que lo de la felicidad me cuesta a mí tanto.

No es que me moleste que alguien haga uso de la percepción que tiene de mi persona para expresarse, nunca tuve ningún problema con lxs onanistas siempre que mantengan una distancia prudente de seguridad, pero cuando yo escribo la musa soy yo misma y la rabia que me dan las cosas que a mí me parecen sencillas, pero que nos empeñamos en hacer complejas. Al mismo tiempo que aquellas cosas sencillas a las que la cultura y la tradición les roban la complejidad colocándolas en espacios inamovibles, como a los hombres y sus mujeres. Y esta niña enfadada que llevo dentro y que exige que se le preste a los manteles la importancia que se merecen entra en esa especie de rebeldía doméstica de vez en cuando, y confunde exponerse con observar, y ambas cosas le parecen lo mismo, y no hay ni musas ni nada, y hasta la poesía es solo una respuesta que nadie le supo dar en su momento. De tal manera que yo solo soy una narcisista más, una hija de una época en la que ya nos dejaron hablar y nos metieron cosas en la boca. Yo misma nací en 1974 cuando quise, dos semanas más tarde de lo que debía y pesando cuatro kilos, y creo que esto así solo no convertía en musa a mi madre, pero ella se sintió feliz aunque mi padre se desmayó en el paritorio. Claramente ella había hecho todo el trabajo «sucio» y eso te convierte en actante, y a mí en lactante.

## 1. Mi infancia

Nací en un momento interesante, diría yo. Siempre recuerdo que solo había dos helados (bombón helado y crocanti) y mi hermano biohombre y yo llevábamos los mismos jerseys de lana y pantalones de pana, no estaban los tiempos para alardes en un país que acababa de salir de una dictadura. Así pues, durante años todxs lxs niñxs, y lxs no tan niñxs, españoles veíamos los mismos dibujos a la misma hora del día, y los viernes todas las familias de bien el *Un, dos, tres...* *Responda otra vez*. Los años que pasaban se medían por las series que echaban después de comer y ahora repasamos nuestras vidas en reuniones sociales de esta forma:

- A mí me encantaba Mazinger Z y aquello de «pechos fuera» que decía Afrodita.
- Pues yo de Mazinger casi ni me acuerdo, soy más de la abeja Maya.
- Claro, es que tú eres del 74 y en esas edades tres años se notan.

Y es que en el país en el que crecí, cuando crecí, no había nada para casi nadie y las diferencias así eran complicadas. Habitábamos una democracia joven e ingenua con un imaginario común en el que cualquier cosa significaba cambio y movimiento. Una infancia azul y roja, como nuestras bicis BH.

Mi infancia habría sido feliz, pero no lo fue. Lo sé porque cada noche mis ojos permanecían abiertos por si debía hacer algo para detener una guerra nuclear y porque empecé a escribir poesía. Un profesor de mi colegio de monjas que me suspendía sistemáticamente (mea culpa, por supuesto) se quedó con todos mis poemas y tiras cómicas minimalistas y nihilistas, no me las quitaba como castigo, sino porque creía que tenían cierto valor. Me pedía las «obras» con timidez y declaraba cierto entusiasmo cuando le daba el sí. Me suspendía a su pesar y yo asumí que aquel hombre que se quedaba conmigo después de clase para explicarme cosas que a lo mejor atraían mi atención, como las plantas y el arco iris, debía hacerse cargo de todo lo que yo escribía, si le hacía feliz...

La parte de feliz que tenía mi infancia eran los pies en la arena, el tacto de la piel en la corteza de los árboles, levantar piedras para encontrar bichos, hacer

barro, nadar en la piscina pública cuando todxs hacían la digestión... la libertad y el sol. Jugaba con cuatro biohombres pequeños a que yo me iba a la oficina y ellos cuidaban de la casa y hacían las tareas domésticas. Empecé a tener miedo a los dibujos animados porque mi vecina traía de Suiza una pantalla en la que proyectaba la historia de un lobo al que le iba muy mal si se hacía bueno, también empecé a tener miedo a las niñas por todo lo contrario.

## 2. Mi adolescencia

Aquí es cuando la niña se enfadó conmigo y lo entiendo.

Después de años de este ritual veraniego:

me levantaba deprisa y corría hasta el porche para comprobar si hacía sol y cuál era la sensación térmica. Si todo era correcto, que era lo normal en un pueblo de la meseta castellana, me esperaba una mañana completa en la piscina ya vacía en la que jugaba a que era una princesa india que habitaba un río porque no le interesaban las sociedades, por pequeñas y ecológicas que fueran, y se escondía entre las plantas acuáticas (mi pelo) para salvar a jóvenes incautos que nadaban peor que yo y/o no sabían plantarle cara a los cocodrilos.

### **Tu menstruación.**

La primera regla estival fue todo un trauma. Mi madre, que no podía comprender que su hija por el mero hecho de ser potencial paridora debiera prescindir de sus placeres acuáticos, corrió a por una caja de tampones. Sin palabras, pero con muchas referencias en mi obra tiempo después. Todos los estigmas cayeron sobre mí en aquel cuarto de baño de baldosas con motivos florales. Hoy día sigo preguntándome quién sube la pierna a la taza del váter para ponerse un tãmpax.



había que darse piquitos y luego poco a poco meterse la lengua mutuamente en la boca. Todavía hoy nos reímos de mi cara de estupor. Sinceramente, prefería enfrentarme a animales acuáticos, era lo que había hecho toda la vida. Sin embargo, una noche me propuse pasar por ese trance. Y aunque era el más guapo de la pandilla, yo cerré los dientes con todas mis fuerzas. Me dijo algo de que yo era una fortaleza que debía conquistar y creo que ahí comprendí lo cachondos que se ponen algunos cuando les toca asumir sus roles milenarios. Al día siguiente abrí la boca, sentí náuseas y él consiguió lo que no quería, que fuese fácil. No volvimos a repetirlo.

Otro trance que debía pasar era el de tener novio. Aun teniendo las hormonas como las tenía, me costó un poco decidirme. Así que me quedé en lo básico, para qué ir más lejos; mi mejor amigo y yo nos hicimos novixs. Fue divertido cuando fue divertido, pero lo mejor de todo es que a pesar de todo seguimos siendo amigos.

La niña se enfadaba cada día más. Las cosas se ponían cada vez más serias y ella quería disfrutar de la vida en pantalones cortos. Yo no quería que se marchase nunca porque ella me acompañaba siempre, me ayudaba a escribir y a no olvidar y a no callarme. Pero me daba mucha pena verla sufrir tanto...

Lo bueno es que he aguantado con ella toda mi vida y he sido capaz de encontrar a otras niñas enfadadas que le hagan compañía.

### 3. *My generation, baby.*

Adónde quería yo llegar con todo esto de contar mi vida. Pues a que mi poesía seguramente esté escrita desde esa niña enfadada y desde todos los ejes que cada día la cruzan y la hacen enfadar. Pero hay más como yo y me siento muy cerca de su forma de amar y de escribir, es decir, de su forma de ver o de mirar,

de exponerse y de ser vistas, de no saber qué es ser una musa si no la musa de una misma, y para mí ellas son *my generation*. Niñas como Susanna Martín<sup>2</sup> (1976), Itziar Ziga<sup>3</sup> (1974), Txus García<sup>4</sup> (1974), María Castejón Leorza<sup>5</sup> (1975), Sandra March<sup>6</sup> (1974) y otras muchas que nacieron y crecieron en los años 70, menstruaron en los 80 y follaron en un país que parecía que quería ser libre alguna vez. Esta minibiografía de musa egocéntrica está dedicada a todas las mujeres que somos capaces de amarnos a pesar de que nos enseñaron que debíamos odiarnos, que debíamos recelar las unas de las otras. A todas las mujeres que son capaces de convivir con su niña enfadada porque comprendemos que tiene razones para sentirse estafada, pero que canalizamos la ira con las letras o los dibujillos. A todas ellas les dedico esta bio narcisista de automusa reivindicativa y espero que con esto reforcemos un vínculo y no olvidemos nunca de dónde ni de quién venimos y que todo es menos difícil si la rabia se traduce y se comparte. Os amo como no amé mi primer beso.

Y son muchxs más. Hijxs de una generación que tuvo ilusiones, antes de que las ilusiones fueran el capital feroz que hoy nos ha comido como el lobo del cuento y al que mucha gente ama a pesar de sus defectos, como yo amo al lobo de mi poema *Lo que le dijo Caperucita al Lobo 15 años después del suceso que todos conocemos*<sup>7</sup>. Y la nostalgia de esos tiempos peores o solo tiempos es también lo que nos ha convertido en lo que somos, personas capaces de enfrentarnos de una manera feroz y mordaz a lo más oscuro de la vida.



Por cierto, yo siempre elegía bombón helado, nena.

---

<sup>1</sup> Le dedico este artículo a Dionisio Cañas, ese papá POÉTICO al que supuestamente debería matar, pero no sé por qué habría de privarle de ese privilegio.

<sup>2</sup> <http://mystorycomic.blogspot.com.es/>

<sup>3</sup> <http://hastalalimusinasiempre.blogspot.com.es/>

<sup>4</sup> <http://txusgarcia.com/>

<sup>5</sup> <http://lasprincesastambienfriegan.com/>

<sup>6</sup> <http://www.sandramarch.com/>

<sup>7</sup> CASTREJÓN, María (2011), *Volveré mucho más tarde de las doce*, Barcelona-Madrid, Egales.  
<http://mariacastrejon.blogspot.com.es/2009/08/lo-que-le-dijo-caperucita-al-lobo-15.html>